

dos versos, o valora a Schelling, o consagra a Platón como meollo de toda filosofía occidental.

Porque, aparte de la meditación sobre el poder (o, por mejor decir, sobre la victoria de momento de la burguesía sobre las fuerzas revolucionarias), la obra apunta a un examen de qué es filosofar en nuestros días. Y la conclusión de Albiac es clara: no

puede haber "filosofía marxista"; la filosofía es burguesa, es decadente, y de ahí su grandeza. El filósofo discurrea, juega el más serio juego: el de tener que decir, pese a todo, que no puede decir lo que dice; el de no poder decir que dice aquello que tendría que decir y que no puede ser dicho. La fusión entre filosofía y poder es y ha sido siempre un de-

seo frustrado, y es imposible hablar de algo que no sea la derrota de esa aspiración. La filosofía se revela a lo largo de la historia de los textos como una técnica de intervención en otras disciplinas, que desearía aplicar en la práctica social precisamente lo que la práctica social le niega: Platón mismo aspiraba a que los filósofos gobernarán, pero él mismo

plasma el inevitable retorno-caída a la caverna.

El libro de Albiac es rabiosamente antimitológico: no hay filosofía marxista, no hay proletariado (no puede haber más clase que la dominante; si ésta perdiera pie, y hubiera otra clase consciente de sí, ese sería el instante de la desaparición de la burguesía), no hay, por tanto, "el" partido "del" proletariado. O partidos de realidades así o nos damos de nuevo el batacazo que algunos sesentaochistas nos hemos dado, parece sugerir Albiac. Tesis semejantes pueden tener gran importancia para quienes hoy pretenden pensar sobre lo que pueda ser la revolución: no hacerse ilusiones es básico, y, por desdicha, tanto el falso optimismo progresista en el terreno del pensamiento "marxista" como la supervaloración de lo coyuntural y tupido velo sobre lo estratégico en la lucha política colaboran en sembrar mitos y fantasías redentoras.

El talón de Aquiles (aunque, a la vez, el atractivo para ciertos lectores) de la obra estaría en su constante tono de desconsolada añoranza o amargura reveladora de impotencia. Sabemos que la tristeza histórica es inseparable, dados los hechos, de aquellos combatientes de ahora hace una década: pero quizá no es característica de todos; quizá algunos de entre ellos no pueden hoy estar "desencantados", puesto que (al fin y al cabo, actitud muy española ante el varapalo) nunca creyeron que el mundo iba a ser cambiado y quizá hoy, pues, piensen que más vale una piedra y que a partir de ahí a lo mejor es posible algo.

De momento, el propio Albiac ha escrito un libro (lo que en sí no es derrotista, no parece un suicidio). Es un libro, además, insólito en su ramo: es marxista-leninista, y es de filosofía. ■ MIGUEL BAYON.

Lectura materialista de la Biblia

ALGUNOS lectores quedarán sorprendidos al ver unidas estas dos palabras: materialismo y Biblia.

Pero deberían recordar que los especialistas en historia de las religiones llegan a la conclusión de que la religión más entra-

ADIOS A LAS LETRAS

Seis narradores cenan

Lo más radical que se dijo en una cena que seis narradores españoles compartieron hace unos días en Madrid fue lo que afirmó José Manuel Caballero Bonald, cuando el camarero le demandó el nombre de un postre: "Tocino de cielo", señaló, rotundo, el escritor de Sanlúcar de Barrameda.

La seguridad con que de tal modo se expresó el narrador de "Agata ojo de gata" obedece a lo que siempre les pasa a los españoles: se iba a Utrecht.

Cuando un español se va a Utrecht se mutila el universo, que diría José Hierro. En el caso de Caballero Bonald, cuando se va a Utrecht tiene que dejar atrás el nombre bien dicho de un postre.

No todos los que estaban en la cena se iban a Utrecht. En realidad, la mayoría volvía a Barcelona. La mayoría de los escritores siempre la forman quienes han ganado el Planeta; así que si entre seis, uno lo ha logrado, ya es mayoría. Y Juan Marsé se volvía a Barcelona con su chaqueta amarillosa y su billete del puente aéreo.

La cena de "los seis" la convocaba Argos Vergara, y en ella se congregaron, además de los referidos Caballero y Marsé, Jesús Fernández Santos, Juan García Hortelano, Juan Carlos Onetti, José Donoso y, entre los que de momento no ejercen la narrativa, Ana María Comert, vicedirectora de Argos; Rafael Conte, José Luis Rubio, Juan Cruz, Mario Lacruz y un servidor, además de Molina, uno de los ejecutivos de la enterprising editorial española. En punto y seguido cito a Mario Lacruz, director de Argos, a quien no me resisto a pedir que se edite a sí mismo alguna vez una de esas novelas que seguro que sigue escribiendo mientras sugiere a otros que nutran la historia de la narrativa española.

Si uno se deja llevar por lo que aparece en todos los escaparates, estaba claro que cenaba con los escritores más vendidos, o entre los más vendidos, de la literatura española de este momento. Sin embargo, tan serios y circunspectos, al principio de la reunión, los seis narradores convocados parecían más bien agentes de seguros a los que les hablan fallado los clientes. El clima no afrodisiaco se rompió cuando mis amigos de "Cambio 16" dejaron de fotografiarles, tratarles para la posteridad, y los devolvieron el vino, un rioja alta de calidad, cuyo poder tan tentador contrastamos con unas endibias al roquefort, para conmemorar la reciente declaración de amistad hispano-francesa. Aparte de Rafael Conte, que ha leído más de lo que se ha escrito, allí pocos hablamos de literatura,



Jesús Fernández Santos.



Juan Marsé.

y únicamente escuché cómo Juan Marsé le narraba a Jesús Fernández Santos, que escucha en pantalla panorámica, lo que había pasado con Heredia y Rifé en el Fútbol Club Barcelona. El propio Marsé fue interpelado por Rafael Conte: "Juan, ¿de verdad que nunca has escrito, o pensado escribir, una novela policíaca?". No escuché lo que respondió el autor de "Últimas tardes con Teresa", pero pudo haber contestado que no ha hecho otra cosa durante su vida. Mientras el diálogo cercenaba el silencio y sus espejos, Juan Carlos Onetti se entretenía mirando, y su mujer, Dolly, hacía de la presidencia de la mesa unos ojos maravillosos. Ana María Comert, la vicedirectora de Argos, paseaba entre tanto su mirada centroeuropea y se quedaba con todas las palabras. Al final también se quedó con mi ejemplar del Times, pero fue porque se lo regalé, aprovechando que hacía poco que el dicho periódico había salido a la calle. Los periódicos, y las revistas hay que regalarlos en cuanto salen, porque si no, se queman o se arrinconan. Y las novelas también deben seguir la misma suerte. Pero han de comprarse, porque si no ninguno de los seis narradores, ni sus acompañantes, podían haber cenado tan bien en un marco tan adecuado, tan bien regados y servidos como lo hicieron los escritores de la serie DB, la más popular de Argos, que fue la que concentró en Madrid a los escritores para que en la Casa del Libro firmaran —"cuarenta libros, como mínimo"; me dijo Caballero Bonald— ejemplares de sus novelas ejemplares. ■ SILVESTRE CODAC.